

La nueva etapa en las relaciones México-Estados Unidos

*Andrés Rozental**

La relación entre México y Estados Unidos es objeto de análisis que tienden, en diferentes momentos, a privilegiar un ámbito específico de nuestros vínculos. En los últimos años, el tema predilecto ha sido la negociación del Tratado de Libre Comercio. Pero sería ingenuo reducir los nexos entre dos vecinos a este único aspecto. De ahí la importancia de considerar, aunque sea brevemente, dos grandes tendencias subyacentes: la modernidad y la globalización.

Modernidad y política exterior

Uno de los elementos de la modernidad es el cambio que produce en las mentalidades. Permite romper con tabús y complejos, sin olvidar las lecciones de la historia. Dirige la mirada hacia los cambios que operan a nuestro alrededor y las oportunidades que éstos presentan. Impulsa a definir nuevas metas y estrategias y a perseguirlas con dinamismo y decisión.

Ser modernos es, en suma, la actitud de mirar hacia el futuro, conscientes de la carga del pasado, pero liberados de temores e inseguridades.

Los últimos años se han caracterizado por iniciar el cambio hacia una mentalidad moderna en México.

Hoy, los mexicanos vemos las cosas con mayor optimismo, templado por un sano pragmatismo. Sobre todo, estamos dispuestos a aprovechar las oportunidades que nos ofrece un mundo en profunda mutación.

* Embajador eminente y actualmente subsecretario A de Relaciones Exteriores.

México y Estados Unidos: una relación interdependiente

En ningún ámbito de la política exterior es tan evidente esta nueva actitud como en nuestras relaciones con Estados Unidos. No podría ser de otra manera, pues se trata de uno de los aspectos más importantes de nuestras relaciones exteriores. No sólo porque involucra el replanteamiento de una relación históricamente difícil, o por tratarse del país más poderoso del mundo, sino porque es la única relación internacional que afecta directamente la vida de millones de mexicanos.

El carácter de nuestros vínculos con Estados Unidos está íntimamente relacionado con el proyecto nacional, con el desarrollo de la economía y con la prosperidad del pueblo mexicano. Ningún otro país en el mundo tiene una relación de vecindad tan compleja y difícil, pero a la vez tan crítica para sus intereses nacionales.

El cambio cualitativo en la relación bilateral entre México y Estados Unidos que hemos experimentado en los últimos años, deriva de una decisión deliberada del gobierno de la República de emprender un nuevo camino en sus vínculos con el exterior.

Frente a Estados Unidos esto ha significado buscar nuevas formas de interrelación. Por una parte, hemos tenido que enfrentar un cúmulo histórico de incomprensiones, prejuicios y mitos. Por la otra, hemos tenido que construir un nuevo entendimiento sobre bases sólidas de respeto mutuo, intereses comunes y retos compartidos.

Sin perder de vista nuestra compleja experiencia histórica con Estados Unidos y las evidentes asimetrías que nos separan, hemos decidido aprovechar el potencial positivo de una cercanía con múltiples dimensiones.

Fortalecido por sus reformas internas, México está hoy en mejores condiciones para forjar esta nueva relación con Estados Unidos. La solidez de la economía mexicana, aunada a los cambios estructurales que se han llevado a cabo, nos colocan en una situación propicia para aprovechar mejor nuestra vecindad. La evolución de nuestro sistema político ha sido factor significativo para encontrar nuevas fórmulas de entendimiento y concertación en la relación bilateral.

La jornada electoral del 21 de agosto confirmó que México es un país comprometido con la modernidad, la apertura y la tolerancia, capaz de conciliar diferencias en el marco de sus fortalecidas instituciones. Este esfuerzo de pueblo y gobierno consolidó la estabilidad del país y aceleró su proceso de inserción en el mundo. México es hoy más reconocido y respetado por la comunidad internacional en general, y por nuestro vecino del norte en particular.

En el ámbito económico, el Tratado de Libre Comercio es un elemento prominente de este panorama. Al generar empleos y atraer inversión, coadyuvará al bienestar de muchos mexicanos. Al institucionalizar importantes aspectos de la relación, nos dará mayor seguridad y salvaguardas en nuestro trato comercial con un socio poderoso.

Pero más allá del TLC, existe una agenda en nuestras relaciones bilaterales que queda aún por trabajar. En varios temas cruciales de la relación –asuntos sociales y migratorios– todavía queda camino por recorrer.

Una relación entre sociedades: migración y frontera

Al tiempo que buscamos mejores formas de cooperación compatibles con nuestros intereses, construimos las bases para el respeto mutuo y la tolerancia en aquellos ámbitos en que seguimos teniendo divergencias.

La migración entre México y Estados Unidos es, tal vez, el caso más evidente de la interdependencia que caracteriza nuestras relaciones. Es un fenómeno que afecta a ambos países, aunque en forma muy diferente.

Para México es un recordatorio constante de que aún no hemos alcanzado el nivel de desarrollo suficiente para poder ofrecer a nuestros compatriotas todas las oportunidades que requieren. Es también una causa de fricción con las autoridades estadounidenses, por los atropellos que sufren nuestros ciudadanos en el territorio de nuestro vecino y porque demuestra que aún prevalece la xenofobia y el racismo en algunos sectores de una sociedad que ya debería haber rebasado ese tipo de expresiones.

En Estados Unidos, la migración despierta sentimientos encontrados y contradictorios. Algunos la ven como una amenaza, o como un crimen. Algo que viola sus leyes, que pone en peligro la cohesión de su sociedad, que representa una carga para la comunidad o que le quita empleos a los ciudadanos estadounidenses. Para otros, es una fuente de riqueza por la diversidad cultural que aportan los mexicanos, por su demostrada voluntad de prosperar y porque indudablemente generan bienes y servicios que benefician al conjunto de la sociedad.

El debate en torno a la migración está vivo en ambos lados de la frontera. En México luchamos cotidianamente por mejorar las condiciones económicas y sociales en el país. Sólo con mayor crecimiento y desarrollo se podrá solucionar el problema de fondo de la migración. Ante los estadounidenses, insistimos en que no puede haber una solución policiaca o represiva a un fenómeno que tiene su origen en factores económicos de atracción y expulsión en ambas sociedades.

En el mundo todos los intentos históricos por frenar la migración con instrumentos de coerción han fracasado. Actitudes y operativos de bloqueo dañan las relaciones bilaterales y alimentan los equívocos. Es indispensable reconocer que debe disociarse el fenómeno de la criminalidad del de la migración. Debemos aprender a administrar los flujos migratorios en lugar de combatirlos.

Las políticas de intercepción ignoran la realidad de la interdependencia y de los mercados. Mientras de este lado de la frontera haya oferta de trabajo y del otro lado haya demanda, seguirá el flujo de migrantes entre los dos países. En fechas recientes, incluso, empezamos a ver una nueva dimensión: estadounidenses indocumentados buscando empleo en México, atraídos por la expansión económica e impulsados por la recesión en su país.

Por otra parte, también hay que tener en mente que la migración es parte de una realidad más amplia: dos naciones ligadas no sólo por relaciones diplomáticas y comerciales, sino por una muy intensa interacción entre sus sociedades.

No hay dos países que tengan una frontera tan activa y permeable como la que compartimos México y Estados Unidos. Cada año hay cientos de millones de cruces fronterizos documentados. Anualmente millones de estadounidenses visitan México y muchos mexicanos viajan cotidianamente allende la frontera, a veces en varias ocasiones diarias. Los que entran al vecino país sin documentos representan menos de 1% de los movimientos totales, lo cual muchas veces se ignora u oculta en Estados Unidos por no querer aceptar la verdadera dimensión del problema.

Ningún país del mundo tiene un número tan elevado de sus ciudadanos que viven en el territorio de su vecino: alrededor de cinco millones de mexicanos y quince millones de descendientes de mexicanos residen en Estados Unidos. La presencia de esta diáspora mexicana en el vecino país enriquece infinitamente la relación y ofrece grandes perspectivas para el futuro. El creciente éxito que están teniendo las comunidades mexicanas radicadas permanentemente en Estados Unidos empieza a convertirlas en un grupo de peso en la sociedad, la economía y la política.

El Programa para las Comunidades Mexicanas en el Exterior, creado en la Secretaría de Relaciones Exteriores a principios de esta administración, trata de aquilatar el sentimiento de pertenencia a una cultura mexicana común y fortalecer a las comunidades en su orgullo y oportunidad de desarrollo.

Para la construcción de este Programa nos hemos apoyado en la voluntad de las propias comunidades de encontrar soluciones a sus problemas, en una sociedad que es propia y ajena a la vez. Exaltando la cultura mexicana se combaten los prejuicios; fomentando la solidaridad comunitaria se lucha contra la pobreza y la desesperanza.

La experiencia de estos últimos años nos ha mostrado que la dimensión social de la relación con Estados Unidos es fundamental y que requiere de mecanismos novedosos para hacer frente a los desafíos que plantea.

Así como el gobierno de México idó un programa para atender una demanda latente de un sector de la sociedad estadounidense ligado culturalmente con México, habremos de seguir empeñados en encontrar soluciones para la migración y otros problemas.

El reto será encontrar nuevas formas de cooperación en la frontera que, siempre respetuosas de la soberanía de ambos países, permitan combinar recursos y experiencias para resolver los serios problemas de infraestructura y medio ambiente.

La gran enseñanza de la interdependencia es que lo que pasa de un lado de la frontera afecta a los habitantes del otro. Debemos buscar mecanismos de coordinación y propiciar consultas constantes para evitar que acciones unilaterales de uno y otro lado de la frontera dañen la relación entre los dos países. Ello ni siempre es fácil ni siempre se tiene éxito, pero es responsabilidad de los gobiernos mantener esa relación al más alto nivel posible.

Innovaciones en las herramientas de la relación política

En la construcción de esta nueva relación, la diplomacia mexicana tiene un papel fundamental. Constituye la herramienta externa del Estado para la consecución de los objetivos nacionales de México. Nuestra política exterior es parte integral del proyecto nacional.

En los distintos aspectos de la relación, estamos descubriendo e inventando nuevas formas de acción. Entre otros, tenemos el ejemplo del Programa para las Comunidades Mexicanas en el Exterior, ya que su modo de funcionamiento utiliza las estructuras comunitarias ya existentes y las organiza según las posibilidades que ofrecen la legislación y las costumbres estadounidenses. Así, en los últimos cuatro años se han establecido 14 centros e institutos mexicanos que se han constituido en asociaciones civiles estadounidenses autónomas.

Por otra parte, México cuenta con la más amplia red de consulados del mundo en un sólo país. Por su conducto se protegen los derechos e intereses de los mexicanos en Estados Unidos, se difunde nuestra cultura y se promueven los contactos comerciales y económicos. Nuestros cónsules son innovadores y cumplen tareas muy diversas, reflejo de la complejidad y alcance de la relación bilateral.

En nuestra relación de gobierno a gobierno hemos encontrado mecanismos para que las diferencias inevitables que tenemos sobre diversos temas no sean un pretexto para poner en tela de juicio el conjunto de la relación. Tratamos los asuntos uno por uno. Se ha compartimentalizado la relación, de tal manera que los desacuerdos que puedan surgir en uno o varios temas no contaminen el resto de la agenda bilateral.

Por otra parte, tenemos un mejor conocimiento de nuestro vecino, de sus instituciones, de las peculiaridades de su forma de gobierno, de la enorme descentralización que caracteriza a su régimen federal. Esto nos ha permitido una mejor comprensión de ciertos fenómenos que a menudo solían malinterpretarse. Ellos, por su parte, también han aprendido a vernos con una nueva perspectiva; con más respeto y madurez.

A veces, desde México se perciben las declaraciones negativas de funcionarios o de medios de comunicación estadounidenses como parte de alguna campaña concertada en contra de nuestro país. Puede ser así, pero en muchos casos se trata de manifestaciones producto de circunstancias políticas internas de Estados Unidos que poco tienen que ver con México. Un conflicto presupuestal, o divergencias entre los ámbitos estatal y federal, pueden desembocar en acciones perjudiciales hacia México, sin que, en realidad, haya una clara intención anti-mexicana.

Escenarios de este tipo se presentaron claramente durante el proceso de aprobación del TLC. México sirvió de excusa para un debate, a veces feroz y denigrante, entre diferentes fuerzas políticas en Estados Unidos. Muchas de las declaraciones desfavorables sobre nuestro país o los mexicanos no tuvieron como objeto perjudicarnos, sino que estaban dirigidos a actores políticos internos estadounidenses.

Por ello estamos utilizando las características propias del sistema estadounidense para promover nuestros intereses. Nos acercamos a los grupos económicos, tratamos de convencer a los que se oponen a cuestiones prioritarias para nosotros y trabajamos con los miembros del Congreso.

Por otra parte, mantenemos una estrecha relación con el gobierno federal, con el cual procuramos encontrar coincidencias en cuestiones que nos importan a ambos. En ese sentido la creciente interdependencia nos llevará, poco a poco, a tener más puntos de coincidencia. No obstante, las divergencias persistirán y, en la medida en que afecten intereses importantes, se ejercerá mayor presión para encontrar soluciones.

La relación será más intensa, no necesariamente más fácil, pero sí más cordial. Mucho de lo que hemos hecho en estos últimos años ha estado encaminado a lograr que se discutan los problemas en forma constructiva, que se busquen

acuerdos y se eviten las confrontaciones. Esto, aunado al marco institucional del TLC, podrá permitir que en el futuro nuestras relaciones sean más previsibles y que haya un incentivo creciente para lograr acuerdos mutuamente provechosos.

Conclusiones

La relación México-Estados Unidos atraviesa un momento fascinante: está en proceso de profunda transformación. Tanto la cambiante situación internacional, los nuevos temas y las preocupaciones internas de Estados Unidos, como las reformas que se han puesto en práctica en México, han abierto un nuevo capítulo en nuestra convivencia geográfica.

Ni el mundo ni Estados Unidos ni México son los mismos hoy que hace seis años. En los años por venir seremos testigos de más cambios y nuestra relación con Estados Unidos seguramente se adaptará en consecuencia.

México ha entrado de lleno a la globalidad y se ha colocado en el centro del debate de la transición mundial. Ha sido actor y no espectador del cambio. Al mismo tiempo, nuestro país está ahora más sujeto a la dinámica de los intereses de las fuerzas políticas y económicas del mundo.

En la construcción de esta nueva relación con Estados Unidos, el reto seguirá siendo el de acrecentar los beneficios de la vecindad y la globalización y, al mismo tiempo, el de reducir las desavenencias y aprender a aceptar nuestras divergencias. Para ello, debemos continuar trabajando en la creación y profundización de bases comunes de entendimiento y en la optimización de los mecanismos institucionales existentes. Debemos consolidar el respeto entre dos naciones dignas, para lograr el justo equilibrio que asegure la salvaguarda de nuestra soberanía y favorezca la cooperación bilateral para el bienestar de las sociedades en ambos lados de la frontera.